

La desbandada del catolicismo

EDUARDO LORA



COLOMBIA ES UNO DE LOS PAÍSES MÁS religiosos del mundo, pero los colombianos están desertando en masa de las huestes del catolicismo. ¿Qué explica esta aparente contradicción?

En *Los colombianos somos así*, exploro una posible explicación, que tiene que ver con el rol que juega la religión en sociedades muy desiguales, como la nuestra. El rompecabezas tiene tres piezas: la primera pieza es la influencia que tiene la desigualdad económica en la intensidad de las creencias religiosas, que se evidencia en el hecho de que entre mayor es la desigualdad de un país, mayor es el porcentaje de su población que cree en un ser superior. Colombia, con sus marcadas desigualdades, se sitúa en el extremo de esta correlación, junto con Brasil, Sudáfrica y Turquía.

Por supuesto, la afiliación religiosa de cada

pueblo depende de factores históricos. Pero países como España o Italia, que tienen raíces católicas aún más profundas que las nuestras, son actualmente mucho menos religiosos.

La segunda pieza del rompecabezas consiste en que la religión es más importante en países desiguales porque ofrece una serie de funciones sociales y psicológicas cruciales. Proporciona consuelo y seguridad emocional a quienes enfrentan dificultades económicas y sociales, ofreciendo respuestas a preguntas existenciales y la promesa de una justicia divina en un mundo que a menudo parece injusto.

Sin embargo, este fuerte arraigo de la fe no se traduce en una fidelidad inquebrantable. En las dos últimas décadas uno de cada cinco colombianos ha dejado de ser católico. Los colombianos están migrando hacia otras denominaciones cristianas. Este fenómeno no implica necesariamente una pérdida de la fe, sino una reconfiguración de la misma.

¿Por qué los colombianos están abandonando la Iglesia católica? Aquí viene la tercera pieza del rompecabezas. Las opiniones de miles de encuestados revelan que la institución católica no les ofrece el mismo nivel de

consuelo, solidaridad y sentido de comunidad que proporcionan otras iglesias. Esto es especialmente válido para las personas que han sufrido serios reveses económicos o que han sido víctimas de algún tipo de delincuencia.

En conclusión, la desbandada que ha sufrido el catolicismo parece deberse a que otras iglesias cristianas ofrecen más consuelo y apoyo a quienes son poco favorecidos económica y socialmente y a quienes son víctimas del crimen. Sorprendentemente, los casos de abuso sexual de menores por parte de sacerdotes no han producido en Colombia el rechazo contra la Iglesia católica que se ha visto en Irlanda, Estados Unidos, España o Chile. Hasta el momento ha predominado la actitud encubridora propiciada por algunos jerarcas de la Iglesia y movimientos políticos de derecha. Pero esto podría cambiar, pues está pendiente de decisión judicial un "macrocaso" que incrimina por violencia sexual a 567 sacerdotes.

En tiempos de incertidumbre y pesimismo, las creencias religiosas pueden ayudar a mantener la esperanza y el sentido comunitario. Ese debería ser el reto de todas las iglesias en este momento.

DE LABIOS PARA AFUERA



“¿Cómo pretenden que entre de contrabando a un terrorista a los Estados Unidos? Por supuesto que no lo voy a hacer. La pregunta es absurda”.

Nayib Bukele, presidente de El Salvador. Así respondió, en la Casa Blanca, a la solicitud judicial de devolver a una persona deportada por accidente a su país. Donald Trump, presidente de los Estados Unidos, apoyó su respuesta.

Mataron a Sara y a mí no me importó...

SOMBRERO DE MAGO
REINALDO SPITALETTA



TENGO UN REMOTO RECUERDO DE una corriente de sangre que salía de un pasaje de inquilinatos en Bello. Había gente que gritaba aterrorizada y seguía de largo por la calle, como escapando de esa visión cruel. Un marido desaforado había matado a su esposa, picándola a puñaladas. Años después, cuando pasaba en un bus por la autopista Norte, observé en la Manga de Lázaro un grupo de personas que parecían levantar unos cadáveres. Eran los de dos mujeres incineradas.

Una de ellas, Verania del Socorro Gómez Roldán, había sido una muchacha atractiva, de bellas formas y que, de pronto, se metamorfoseó en macho, perdió toda su femineidad y se dedicó a formar parte de una banda delictiva. Fue un crimen horripilante, que llenó páginas de periódicos y espacios de noticieros radiales. Era abril de 1975.

Muchos años después, en la quebrada La García, hampones sometieron a una larga tortura a la mujer trans Sara Millerey González Borja, en un crimen de transfobia, que ha puesto en evidencia, entre otros asuntos de sadismo, indiferencia social y naturalización del asesinato, la insolidaria abulia de espec-

tadores que grabaron la agonía de Sara, sin ayudar a nada, ni siquiera llamar a la policía.

Quizá hemos llegado a una absoluta indiferencia, a una negación del otro, a la muerte de la solidaridad y a la complicidad con los victimarios. Esto último hace rato se viene abonando en un país de inequidades, de violencias arraigadas y queda la impresión de estar siempre, o casi siempre, del lado de los asesinos.

Nos han amamantado con sangre, con “cortes de franela”, con motosierras que cortan cabezas de víctimas inocentes y con las que los depredadores, en un acto de inacabable barbarie, juegan al “fútbol” con ellas. Y, para no devolvernos a los días funestos de los “pájaros”, de los bandoleros, de la “chusma”, de los chulavitas, de los aplanchadores laureanistas, de los degolladores de niños, nos han “alimentado” en una orgía de interminables horrores con “falsos positivos”.

El crimen de Sara Millerey nos degrada a todos, sino porque nos da patente de seres impasibles ante lo que debe ser rechazado y condenado. Escuché, de paso, declaraciones pervertidas como “y qué tanta bulla por la muerte de una trans”, “quién sabe qué debía”, y así. Somos cómplices de los asesinos.

Le hemos dado alas a la impunidad. Nos complacemos con el banditaje, con el lumpen, con la degradación del debate y, además, con las enormes carencias educativas y culturales, que hacen que los conflictos se resuelvan borrando al otro, negando los espacios al

que piensa distinto. Aherrojándolo. O, así de simple, quebrándole piernas y brazos y tirándolo a una pútrida quebrada sin permitir ningún auxilio, ninguna muestra de empatía o respaldo. “Eso no es conmigo y listo”.

A veces da la impresión de que todo esfuerzo por cultivar la solidaridad, por erradicar la apatía social, es parte de una gesta inútil. Es el triunfo del utilitarismo. Como decir, por ejemplo, la solidaridad no da plata, no aumenta el capital ni acrecienta las divisas. Tal vez, lo que todo esto significa es que el actual estado de cosas merece extinguirse. Ningún “valor” del presente sistema sirve a lo humano.

Hay que recordar, de nuevo, al pastor luterano alemán Martin Niemöller y su célebre cita: “Primero vinieron por los comunistas, y guardé silencio porque no era comunista... Luego vinieron por los sindicalistas, y no hablé porque no era sindicalista... (...) luego vinieron por mí, y para entonces ya no quedaba nadie que hablara en mi nombre”.

Tiene que haber unos mecanismos del reloj social que no funcionan. Puede ser que hayamos alcanzado enfermizos grados de absoluta decadencia de las que se han denominado las “bondades humanas”. No faltan los que, sin sentir pena alguna, demuestran su bestialidad. Los gritos de angustia y dolor de Sara siguen escuchándose en la oscura noche bellanita, colombiana. Primero vinieron por las trans, pero como no lo soy, qué me importa que las maten.

EL ESPECTADOR

Editado por Comunican S.A.
Calle 103 N° 69B-43 Bogotá, Colombia.
Línea de servicio al cliente:
601-4232300 Opc. 2.
Redacción: 601-4232300.
Suscripciones: 601-4232300 Opc. 1.
Publicidad: 601-4232300.
www.elespectador.com

Si usted tiene una rectificación o aclaración sobre algún tema publicado en este medio, por favor escribanos a aclaracionesyrectificaciones@elespectador.com

Cartas de los lectores

La junta directiva de Ecopetrol

A propósito del editorial del 5 de abril, titulado “La junta de Ecopetrol debe pensar en la empresa”. Considero que su llamado debería hacer eco de un problema más profundo en esta, como en la gran mayoría de empresas donde el Estado es accionista.

El debate que ustedes proponen enmascara una discusión pendiente sobre el principal vacío en su sistema de gobierno corporativo: la ausencia de una política de propiedad explícita para el mayor activo corporativo del Estado. Ecopetrol enfrenta retos que sus similares en el sector privado no tienen, en particular aquellos provenientes de la naturaleza y la forma como se ejerce la propiedad estatal. Se destacan dos tipos de influencias: el uso de las entidades para ejecutar políticas públicas y para realizar transacciones políticas, entre otras acciones. Ecopetrol, como vehículo de política pública, por ejemplo, fue recientemente encargada de implementar la denominada “transición energética”. Otros gobiernos le han encomendado comprar empresas (ISA), desarrollar proyectos (Reficar), o escindirse para crear una filial de transporte de hidrocarburos (Cenit). Además, aunque no está reglamentado, la empresa actúa como financiador de primera mano del Gobierno y del Fondo de Estabilización de Precios de los Combustibles (FEPC), entre otras acciones de política pública. Cada gobierno, de forma discrecional y con el único parámetro de su decisión política, impone nuevas obligaciones a la petrolera, lo cual puede minar su capacidad empresarial, imponer mayor presión sobre su gobierno corporativo y conducirla a destruir valor. Una adecuada política de propiedad impondría condiciones mínimas para cada encargo, con el fin de preservar la integridad empresarial y patrimonial de la entidad en el largo plazo.

Ecopetrol también ha sido utilizada como instrumento de negociación y transacción política, por ejemplo, mediante nombramientos en cargos de dirección y control, lo cual es un camino peligroso que puede permitir el ingreso de personas no idóneas en su gestión. El gobierno anterior, por ejemplo, designó como presidente de la junta directiva de la petrolera al gerente de la campaña del presidente de la República. En el actual Gobierno, el presidente de la compañía, coincidentalmente, también fue el gerente de campaña del hoy presidente de la República. Quienes se ubican en polos opuestos del espectro político criticaron esas decisiones en su momento, pero ninguno ha propuesto un ajuste estructural del gobierno corporativo de Ecopetrol que minimice los riesgos inherentes a estas decisiones políticas, de las cuales ambos se beneficiaron. Una política de propiedad impondría restricciones y prohibiciones explícitas a estas prácticas, como se hace en otros países.

Rubén Darío Avendaño

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com